

»un tiempo, una inteligencia superior, hábil para exami-  
 »nar los mas graves negocios, pensarlos maduramente, y  
 »resolverlos prudentemente; una bondad de alma incom-  
 »parable, unida á un saber profundo y una abundancia  
 »rara de luces sobrenaturales.»

Gracias á esta prudencia consumada, á este grande arte de conducir los espíritus, triunfó de todas las dificultades; los Fuldenses le obedecieron como á un enviado de Dios; puso en el orden mas perfecto tanto lo espiritual como lo material, haciendo elegir por superior á D. Juan de San Francisco, el hombre mas á propósito para este puesto delicado; y así pudo escribir á Roma, dando cuenta de su mision (1): «Gran número de puntos relativos al bien de la congregacion, propuestos de todas partes, han sido arreglados como convenia; los nombramientos del general, los provinciales, abades y priores se han hecho con tanto acuerdo, paz y dulzura, que no se puede dar cosa mas agradable. Verdaderamente se pueden aplicar á este capítulo las palabras del salmista: «¡Cuán bueno y hermoso es habitar los hermanos muy unidos!» El que ha sido nombrado general por unanimidad de votos, tiene eminentemente sobre todos sus hermanos la palma de la ciencia, de la prudencia y del espíritu. Es hombre de piedad, que no solo ha ilustrado y defendido á la Iglesia con sus bellísimos escritos, sino que todavía está pronto á hacerlo cuando sus ocupaciones se lo permitan.»

Estos felices resultados costaron caro al Obispo de Ginebra, pues habiendo llegado al capítulo con graves enfermedades, estas se habian agravado mas aún con el gran trabajo que pedian, tanto la asistencia á las juntas como las conversaciones particulares con los religiosos, hasta el punto de que un dia, despues de haber sufrido largo tiempo sin quejarse de sus violentos dolores durante el capítulo, se vió obligado por la violencia del mal á levantar la

(1) Cartas DCIV, DCV, DCVI, DCVII, DCVIII, DCIX.

sesion y retirarse. A pesar de esto, los domingos y fiestas en que no habia junta, en vez de tomar el descanso que tanto necesitaba, empleaba todo su tiempo en los ejercicios de la caridad pastoral, predicando, confirmando, y confesando á todos los que se presentaban. Confirió tambien la tonsura y órdenes menores; y como la concurrencia de los pueblos que deseaban ser bendecidos por él era inmensa y los calores escesivos, le sucedió un dia caer desmayado en medio de la iglesia. Se temió algunos instantes por su vida; pero cuando hubo recobrado el sentido, dijo á los religiosos que le habian llevado lejos de la multitud: «Mal está que yo sea un miembro delicado bajo una cabeza coronada de espinas,» y quiso volver á emprender sus funciones, en las que continuó hasta la noche (1).

Habiendo terminado el santo Obispo los negocios que le habian llevado á Pignerol, fue á Turin, donde le llamaban los deseos de la corte. La princesa del Piamonte le habia hecho preparar un magnífico alojamiento, y queria tratarle en todo como á su gran limosnero; pero él la suplicó le dispensara de estos honores, y le permitiera ir á parar al convento de los padres Fuldenses, que se llamaba el monasterio de la *Consolante*. Estos, con gran sentimiento suyo, no pudiendo darle mas que una pequeña celda espuesta á los ardores del sol del mediodía, que la hacian muy penosa de habitar, le rogaron aceptara los hermosos alojamientos que le ofrecian en otras partes. «Dejadme, les contestó, el consuelo de vivir algunos dias con vosotros como vuestro hermano, puesto que en verdad lo soy.» (2) En efecto, antes de dejar el capítulo de Pignerol, habia pedido y obtenido ser afiliado en la orden, considerándose por este medio hijo de San Bernardo y hermano de los Fuldenses. «Quereis con vuestras atenciones echarme de vuestra casa y de la de nuestro Padre San Bernardo. Yo

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 17 de junio.—Juan de San Francisco. lib. VI.—Carlos Aug., p. 555.

(2) Juan de S. Francisco, p. 394.

«estoy aquí á los pies de la Madre de toda consolacion; ¿dónde podré estar mejor?» (1)

El santo Obispo se quedó con los fuldenses, y allí tuvo el consuelo de vivir pobremente, porque estos religiosos no tenían ni ropa que darle.

Felizmente se disputaron la dicha de prestársela; y tal era la idea que tenían de su huésped, que decían al devolver estas ropas despues que le habían servido: «Guardadlas cuidadosamente porque han servido á un santo, y un día se venerarán como reliquias.» Del convento, el santo Obispo iba á la corte cuando juzgaba que era conveniente; pero al ver al mundo se disgustó mas aún de él, y repitió lo que había dicho en otro tiempo en París, que estaba haciendo un noviciado donde nunca profesaría.

Para facilitarle el ejercicio de su cargo, y al mismo tiempo para honrar su mérito, le propusieron dejara á su hermano el obispado de Annecy y aceptase el arzobispado de Turin, entonces vacante; mas lo rehusó sin titubear: y como el Marqués de Lullin, su amigo, le instase á que aceptase, haciéndole ver que en esta nueva posicion podría establecer ventajosamente á sus sobrinos: «Mis sobrinos, contestó riendo, son ya mas ricos y grandes que hace algunos años, porque entonces nacieron desnudos, y ahora poseen por lo menos cada uno un vestido.» (2)

Sin embargo, ya fuese por las molestias de la habitacion, por las etiquetas de la corte ó por sus trabajos pasados y presentes, Francisco cayó gravemente enfermo. Este accidente contrarió mucho á su caridad y celo, porque había sabido que reinaba en Saboya una grande escasez, y el pensamiento de que su pueblo sufría sin que él pudiese aliviarlo, le hacia sufrir cruelmente. «¡Ah! decía, cuando llegue á Annecy venderé mi mitra, mi báculo, mis vestidos, mi vajilla y todo lo que poseo, para socor-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 19 y 20 de junio.

(2) *Idem*, 14 de mayo.

rer á mis pobres.» (1) Por otra parte, había sabido que el Mariscal de Lesdiguières había abierto por fin los ojos á la luz, que él mismo le había presentado tan viva y tan pura durante las misiones predicadas en Grenoble, y que el 24 de julio de aquel año 1622, había abjurado el calvinismo en manos del Arzobispo de Embrun. Francisco deseaba aproximarse á este ilustre convertido, para sostenerle si era necesario en la nueva senda en que iba á entrar, y con este objeto, así que recobró la salud, pidió á la Princesa permiso para retirarse. Esta se lo concedió, y en testimonio de su veneracion le regaló un precioso anillo con un diamante, que valia tres mil francos (2).

Gozoso con este rico presente, cuyo valor destinaba al alivio de los pobres, dejó la corte despues de haber permanecido en ella tres meses, y se puso en camino para Annecy. Pero apenas se había alejado ocho kilómetros de Turin cuando su criado, buscando el precioso anillo donde creía haberlo puesto y no encontrándolo, fué á decirle consternado que el regalo de la Princesa se había perdido. «¡Dios sea bendito! contesto sin manifestar pena ni emocion (tan desprendido estaba su corazon y tan sumiso á las disposiciones de la Providencia) (3), ¡Dios sea bendito! Este anillo era demasiado precioso para que me sirviese de él, porque quizás hubiese tenido la tentacion de que mi corazon se apegase á tan preciosa joya. Si no se encuentra, es que Dios ha querido evitarme el cuidado de emplear en limosnas la suma que de él hubiéramos sacado (4). La Providencia lo destina quizás á hacer la fortuna de algun pobre que lo encontrará, y así podrá vivir cómodamente el resto de sus dias, y entonces debo considerar que no he perdido nada.»

Sucedió sin embargo de un modo muy diferente, pues

(1) Carlos Aug., p. 558.

(2) El P. la Riviere, lib. III.

(3) Carlos Aug.; p. 558.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. IV.

(4) Dep. de la Madre Chaugy.

á corta distancia de allí, el mismo criado fué á decirle que habia encontrado el anillo en los pliegues de su vestido. Esta noticia no le alteró mas que la primera, y unido á la voluntad de Dios con un desprendimiento perfecto, conservó la misma igualdad de ánimo y de semblante. Habiendo llegado á una fonda, se apercibió que su capellan, Miguel Favre, reñia con el dueño de ella porque habia trasladado los efectos del santo viajero, de la habitacion que habia dado primero á otra menos cómoda, y no pudiendo sufrir este exceso de mal humor le reprendió dulcemente. «Aun cuando nos hubiese hecho pasar, le dijo, de este cuarto á otro menos cómodo, convendría sufrirlo con paciencia y mansedumbre, porque ya sabeis que Nuestro Señor ha dicho: Si alguno te quita tu túnica, dale tambien tu capa.» (1)

Despues de haber viajado así á pequeñas jornadas, á causa de los dolores que le obligaban á menudo á detenerse, llegó á Annecy, donde todo el pueblo estaba lleno de gozo por volverle á ver.

#### CAPITULO XI.

Caridad de Francisco con los pobres.—Va á Avignon, y pasa de allí á Lion, donde muere.

(Año 1622.)

El primer cuidado de Francisco á su llegada á Annecy, fué socorrer á los pobres. Empezó por darles todo lo que poseia en dinero; y habiéndose agotado su bolsa, empeñó el anillo precioso que le habia dado la Princesa del Piamonte. Algunas personas caritativas informadas del hecho, se apresuraron á desempeñarlo y se lo hicieron entregar. Desempeñado así lo empeñó de nuevo, y el mismo rasgo de caridad se reprodujo con tanta frecuencia por una par-

(1) Carlos Aug., p. 559.

te y por otra, que fué como un proverbio admitido en toda la ciudad que aquella sortija no pertenecia al Obispo de Ginebra, sino á todos los mendigos de Annecy.

Mientras el santo Obispo se consagraba enteramente á las necesidades de los pobres, recibió una carta del Duque de Saboya que le mandaba fuera á unírsele á Avignon, á donde debia dirigirse para saludar á Luis XIII, y felicitarle por haber reducido á la obediencia á los hugonotes del Languedoc. La princesa del Piamonte, que debia ser de la partida, habia deseado la acompañara su gran limosnero.

Al saber esto todos los amigos del santo Obispo, que veian el mal estado de su salud, temieron por ella y le suplicaron no emprendiese este viaje, sobre todo en un tiempo que le era tan contrario, ofreciéndose ellos mismos á hacer que admitiese sus excusas el Duque de Saboya. Pero el hombre de Dios no quiso rendirse á este parecer, pues veia la voluntad divina en las órdenes de su soberano, y esperaba además obtener de Luis XIII algunas ventajas para la parte de su diócesis que pertenecia al reino de Francia, y estas dos consideraciones tuvieron mas fuerza que las otras. «Es preciso ir, dijo, á donde Dios nos llama; iremos hasta donde podamos, y nos detendremos cuando la enfermedad no nos deje ir mas allá.» (1) No obstante, preveia claramente que no habia de volver, y en su consecuencia puso todos sus negocios en un orden tan perfecto, como si estuviese en vísperas de morir. El 6 de noviembre reunió al Obispo de Calcedonia, á sus otros hermanos y á varios amigos, y les dijo ingénuamente que se aproximaba la hora de la partida; cuyas palabras interpretaron estos como alusivas á su partida para Avignon. «Este viaje, añadió al punto, será seguido de otro; por eso os he reunido, con el fin de leeros mi testamento.» Al oír esto ninguno pudo contener sus lágrimas, cuyo primer impulso de dolor procuró

(1) Carlos Aug., p. 566.